

La persona con deficiencia mental, el hermano

Miguel Jarquín

Doctor en Filosofía. Integro (Terapia Gestáltica). Guadalajara (México).

Hablar de fraternidad es situarse en una postura de compromiso político: es pelear por la justicia. Es pasión y temor por aproximarse al «otro». «Aproximarse en la justicia –anota Dussel en su *Filosofía de la Liberación*– es siempre un riesgo porque es acortar distancia hacia una libertad distinta».

Entre las interpretaciones sobre el origen del mal destacan las de la literatura judía. En la Biblia se habla con lenguaje mítico de Adán y Eva, Caín y Abel, Noé, Babel. El caso que me parece más interesante para lo que estudiamos ahora es el de Caín y Abel: el hermano mata al hermano. El normal mata al incapacitado.

Habíamos avanzado enormemente al encontrar la relación de proximidad cara-a-cara. Sin embargo, el poderoso des-cubre al «otro» y ve en él un peligro para sus posesiones y privilegios. Construye entonces la Babel propia como *único* horizonte de interpretación, y con él pretende dominar al «otro». Por medio del sistema alienante de educación le embute en los parámetros que le harán semejante en el ámbito social. Lo educarán maestros castrados, para que a su vez sea castrado y convertido en un negativo del original, siendo una imitación deforme y contra-hecha. Por eso el planteamiento de si serán hombres o no, es decir, civilizados, «europeos», «normales», si piensan como nosotros. De ahí surge la necesidad de reivindicarles por parte de los nuevos colonizadores.

En respuesta, «ellos», el pueblo, han creado su propia cultura: la cultura del silencio, para resistir al cautiverio. El discapacitado se ha invalidado para crear su propia cultura, es un *ser-ignorado*. Él es, como hombre, la realidad histórica de la resistencia en contra del saber y del poder que genera la dominación, el lucro y la explotación.

A veces esos seres salvajes destruyen la Babel de nuestro imperio con el rayo de su testimonio, y se rebelan. Ellos son «otro», aunque el dominador los quiera engullir como el Leviathan y protestan anunciándonos su proximidad, invadiendo nuestro confort con su miseria y marginación.

Al ver que el «otro» pone en peligro la unidad «de lo mismo» se llama a un pensador para que demuestre el peligro que el «otro» representa para el sistema. El sabio denuncia al enemigo: el diferente, la persona libre. Entonces viene el momento del hombre práctico, el héroe, a quien entregan títulos de maestro especialista, de psicólogo, de médico, de trabajador social, de filósofo, etc., y con esas armas salen y aniquilan a los distintos, a los deficientes mentales. Inventan una teología para los «santos-normales» en la que no pueden dar a Dios a estos pobres incapacitados, y los corren de sus iglesias. Postulan una doctrina en la que hay que marginarlos de la vida social, por inútiles: no producen nada. Los titulados tienen diagnósticos para clasi-

ficarlos y paralizarlos; finalmente estructuran un sistema educativo en el que se pasarán años haciendo bolitas y palitos, sin aprender nada, y al salir de su «escuela» serán cargadores de una tienda, si les va bien. Todos colaboran a desaparecerlo en el gran sistema, ignorándolo, confundiéndolo.

Es verdad que no todos los maestros especialistas, los psicólogos, los médicos, los trabajadores sociales, los filósofos, etc, quisieron unirse al sistema de explotación y ruina, sino que empezaron a esforzarse por conseguir la liberación que el escritor originario de la Paz, Mendoza, nos describe en los siguientes términos: «la liberación es la praxis que subvierte el orden fenomenológico y lo perfora hacia una trascendencia metafísica que es la crítica total a lo establecido, fijado, normalizado, cristalizado, muerto».

Con la ayuda de estos hombres, en su expresión, el rostro interpelante del «otro», del deficiente mental, exige que se le deje manifestar libre de todo dominio. Se enfrenta, me afronta, se hace rostro, como lo escribiera el fundador de *Esprit*, Emmanuel Mounier: «La persona se muestra, se expresa: hace frente, es rostro» (*El Personalismo*). En esta proximidad somos interpelados por la pobreza y profundidad del otro, sin adornos ni ostentaciones, ni falsificaciones. El «otro» espera una respuesta brotada de mi libertad originaria. Tal respuesta no puede

ser otra que el compromiso de la justicia, de donde apunta el carácter inevitable de mi incumbencia por el «otro». A partir de ese momento estamos atrapados en la malla de mi «responsabilidad necesaria». Ésta no se origina realmente en una decisión personal, sino ante la llamada suplicante del hermano oprimido que sacude mi seguridad.

Ante esta llamada quedamos expuestos a instaurar la justicia de la fraternidad. Esta respuesta será la

acogida que reúne la acción y pasión en un desbordamiento que abraza al amigo, esperado por mucho tiempo y que de pronto irrumpe en la tempestad de la noche. Al acogerlo, mi casa se transforma en hospitalidad. *Mi vida se inunda de un nuevo gozo: la alegría del otro.* Mi ser es ahora morada de paz y de justicia que garantiza el lenguaje comunitario, articulador de genuinas relaciones: es un diálogo de amistad y hospitalidad.

Ahora sí puedo decir genuinamente: sé tú, hermano deficiente mental. Sé hombre como tú quieres y puedes serlo, bajo tu propia perspectiva de personalización.

En nuestro mundo también tenemos una palabra de cariño para ti hermano, con toda la esperanza de que «la nueva gran voz» que tú eres se oiga potente como noticia que despunta en el alba de tu rostro de hombre.